



alcoy, un caso aparte

JOAN FUSTER

Los periódicos suelen decirlo siempre con una frase estereotipada, entre maquinal y ritual: "región eminentemente agrícola". Y así es. El país valenciano todavía tiene su economía y su estilo de vida montados sobre un peligroso predominio del campo: del trabajo y el negocio del campo. Cuando se generaliza acerca de estas tierras, las alusiones son obvias: se habla de naranjas, de arroz, de vinos, de hortalizas, de cualquier cosecha posible. Como máximo, se añade la cita de alguna alegre artesanía tradicional. Las estadísticas, por lo demás, no dejan lugar a dudas. Según censos bastante próximos, el 46,5 por 100 de la población activa valenciana se aplica a la agricultura, y sólo el 27,5 por 100 a la industria. Talos son los hechos. Sorprende un poco, sin embargo, que el leve empuje fabril se concentre en unos cuantos y dispersos núcleos de cierta envergadura: Elche, el Puerto de Sagunto, Elda, Vall de Uxó, Onteniente, Alcoy... Su aislada vitalidad resulta singularmente chocante para un observador desprevenido. Y parece, en efecto, un fenómeno difícil de explicar. Globalmente considerado, el país valenciano queda al margen de la "revolución industrial", y

aquellas ágiles excepciones indican que todo pudo ocurrir de otro modo. El problema merece atención, y algunas vez tendrán que afrontarlo los historiadores locales, si es que en sus propósitos entra el de aclarar la trama viva de la sociedad valenciana a lo largo de los últimos cien años.

En realidad, a principios del siglo XIX, las apariencias eran que el país valenciano se hallaba tan "predisposto" a la industrialización como Cataluña, por ejemplo. La solera y el volumen de sus manufacturas anuncianan un futuro próspero en esta dirección. Los datos que Canga Argüelles publicó, relativos a la tercera década del Ochocientos, revelaban una neta superioridad, en número de talleres y de obreros, respecto al principado vecino. Desde luego quizás esto no significase mucho: las cifras de Aragón aún eran más altas, y tampoco Aragón salió del paso con demasiada ventaja. Pero sí constituía un punto de partida útil. Averiguar por qué causas se frustró sería un sugestivo tema de estudio. ¿Fueron los "fabricantes" valencianos poco sensibles a las innovaciones del maquinismo, y quedaron rezagados frente a competidores más resueltos? ¿Carecieron de capitales suficientes para poner al día su utilaje? ¿Sufrieron la ingerencia de factores aleatorios negativos? Sospecho que de todo hubo. El caso de la seda podría servir de indicio. Los telares de Lyon, desde 1830, comenzaron a sustraer clientela a los valencianos, antes tan eficaces y acreditados; la política librecambista de Madrid agravó la situación; una epidemia entre los gusanos que proporcionaban la materia prima, declarada en 1856, ayudó a la ruina total. Si el Ayuntamiento de Valencia decide derribar las murallas de la ciudad en 1865, es menos por motivos urbanísticos—aunque existían—que por la necesidad de ofrecer jornales a los parados procedentes de aquel sector...

Tal vez las indecisiones y las dificultades se habrían superado con el tiempo: había posibilidades y energía para ello. Pero una circunstancia nueva se interfirió: casi de repente la producción agraria valenciana conseguía una esplendorosa demanda en los mercados de Europa. La exportación de cítricos, que en 1849 se limitaba a unas 9.000 toneladas, ascendió a 110.000 en 1882, y sobrepasa las 300.000 en 1899. El éxito, a menor escala, se reproduce en otros productos. Y el valor total del comercio valenciano de exportación—básicamente, por no decir exclusivamente, de frutos del campo—salta, de unos veinte millones de pesetas en 1844, a más de doscientos treinta en 1904. Se comprende en seguida que esta euforia repercutiese en la orientación de los proyectos y de las inversiones: la agricultura consolidó su primacía. Lo hizo a expensas de la incipiente industrialización: no hará falta apuntarlo. Cuando en otras partes los beneficios agrícolas acuden a financiar el proceso industrializador, en el país valenciano reivierten a la tierra. Con algunos altibajos, ésta ha sido la tónica hasta hoy mismo. A su amparo se realizaron grandes cosas: rescate de terrenos yermos, ensanche del regadío, sustitución de cultivos deficientes, etc. La industria, mientras tanto, no progresó al ritmo deseable. Incluso se llega a crear un clima de desconfianza torva hacia el empeño fabril. En 1907, en medio de una aberrante polémica ligada a los incidentes de la Solidaridad Catalana, un articulista valenciano se atrevió a estampar estas palabras en las páginas de un diario de la capital: "España está de vuelta del industrialismo que congestionó la vida económica en populosas urbes de determinadas regiones, que a la vez y consecuentemente quieren congestionar ahora la vida política nacional..." Era una opinión suicida, pero "lógica".

Bien mirado, los focos de industrialización se emplazan justo en comarcas donde el campo no se presta a aprovechamientos excepcionales. Así ocurre durante la segunda mitad del XIX, por lo menos. Se originan o se incrementan desde una circunstancia local poco propicia, o relativamente poco propicia, a la agricultura exportable. Se trata, a menudo, de la prolongación de una herencia artesanal consistente que no tiene la oportunidad de ser renunciada en aras de los frutales rediticios. En el árbol genealógico de Elche y Elda encontramos la alpargatería de antaño, como en el de Alcoy y Onteniente unos telares y unos batanes que se remontan a la Edad Media. Alcoy, en concreto, tuvo de antiguo una larga fama en la actividad de "labrar paños". A finales del XVIII, el abate Antonio José Cavanilles reseña sus dimensiones: "Téxense al año 12000 piezas de paños ó bayetones, 1100 piezas de mantas ó cubrecamas de desperdicios de seda, 1800 varas de lienzos ordinarios, 4000 de bayetas, 1300 de mantelerías y cotonías; lo que rinde sumas tan considerables que en el hilado repartido en los pueblos vecinos gastan los de Alcoy mas de 100000 pesos al año.

Ademas de los brazos ocupados en cardar, hilar y texer las lanas, hay muchos en 14 batanes, en otros tantos tintes de lanas, 18 prensas, y 33 molinos de papel, que producen al año 100000 resmas." Alcoy, inserto en plena montaña, disponía de un área cultivable muy reducida. En el momento de la expansión agraria ochocentista, su opción "industrial" era ya irreversible: de hecho, ni siquiera era una opción, porque no había alternativa.

Alcoy se veía "obligado" a ser una ciudad industrial: estrictamente industrial. Es la ciudad valenciana industrial por excelencia, aunque quizá no sea la mayor ni la más potente. Elche, Onteniente, Elda conservaban su campiña más o menos feraz, y una parte de su población, nada desdeñable, se dedicaba—y se dedica—a laborarla. La fisonomía industrial de Alcoy no posee este matiz, o esta contaminación. Incluso las tres capitales, Alicante, Castellón de la Plana y Valencia, que también han procurado industrializarse últimamente, no se le pueden equiparar: al fin y al cabo, son de textura más confusa, conglomerados de burócratas, tenderos, rentistas y menestrales—Castellón con un acento labriego—, y el ingrediente "industrial" no logra imponerse en ellas. Con todo esto, naturalmente, me estoy refiriendo a algo más que al "aspecto" exterior del conjunto urbano: pienso, ante todo, en la anatomía y en la fisiología de las respectivas "sociedades". En términos correctos, casi no es lícito hablar de "burguesía" y de "proletariado" en el resto del país valenciano. Las "clases" poseen aquí otra complejión: el propietario rural, su bracero, el pequeño comerciante, su dependiente, el dueño del obrador, sus oficiales, el funcionario, su paniaguado, son tipos "sociales" que no encajan en aquella clasificación arquetípica de las zonas industrializadas. En Alcoy, en cambio, "burgueses" y "proletarios" se configuran limpiamente, con sus tics, sus antagonismos, su dinámica. En su ámbito municipal, y en proporciones móidas, se reproducen los esquemas de lucha, de tenacidad y de desconcierto propios de la Europa capitalista.

En la época de Cavanilles—éste publica sus *Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia en 1795-1797*—, todavía una mitad aproximadamente de los hombres de Alcoy eran labradores. La ciudad tiene entonces 14.600 habitantes. Cincuenta años más tarde, el *Diccionario de don Pascual Madoz* le asigna 27.000. El crecimiento refleja de manera directa el vigor que tomaba el impulso industrial, ya que la agricultura permanecía estacionaria, o poco menos. Los fabricantes alcoyanos se habían preocupado de mecanizar la producción. La revuelta de carácter "ludista" de marzo de 1821 es un detalle que revela lo precoz de este giro: grupos de obreros destruyen las máquinas de cardar e hilar, importadas por los patronos, porque ven en ellas una amenaza para la seguridad de su trabajo. Entre 1811 y 1816 había ocurrido lo mismo en Inglaterra, y más tarde volvería a ocurrir en Cataluña: el maquinismo parece augurar el paro, y quienes se temen afectados por él reaccionan con la violencia. El "gremio o corporación llamada de la Fábrica", que reúne a los industriales de Alcoy, se encarga "de procurar la prosperidad y aumento de la industria con la introducción de máquinas y demás útiles que se inventen, adquiriéndolos donde los hallen más perfectos". "A esta corporación", dice el Madoz, "se debe que en el año de 1841 se hiciese venir de Bélgica la máquina llamada 'Estambra', y posteriormente la 'Gros-carda', con las cuales se hacen finísimos estambres..." Los avances se aceleran, después.

La "burguesía" alcoyana no se desenvolvía en condiciones precisamente cómodas. Toda su industria descansa—o casi—sobre un acto de voluntad. Nada favorece su subsistencia: más bien todo lo contrario. No tiene a mano ninguna de las primeras materias de que se vale, y ha de traerlas de lejos. En aquel lugar, además, no hay otra "fuente de energía" natural que el río y sus breves cascadas. Y para mayor obstáculo, las comunicaciones tampoco eran fáciles. Metido en su "foia", Alcoy dependía de caminos arduos y, por consiguiente, de transportes onerosos. Hacía falta mucho tesón y mucho ingenio para sobreponerse a tantas adversidades. Otra ciudad valenciana, también inducida a un principio de industrialización, se encontraba con *hándicaps* parecidos: Morella. Pero Morella no los supo neutralizar siquiera, y sus modestas factorías textiles acabaron por desvanecerse. Alcoy, o sus gentes de empresa, consiguieron no sólo consolidar lo ya establecido, sino mantenerlo a cada instante en una considerable plenitud de acción. Esta "burguesía", por otro lado, es restringidamente "local", y celosa de su "autonomía". Apenas ha tolerado que el dinero ajeno—dinero que no sea



suyo, de Alcoy—venga a colaborar en sus iniciativas. Por lo menos así fué, en líneas generales, hasta hace poco. Ello suponía una limitación o una traba más, que pesaba sobre sus movimientos. Con todo, salió adelante con sus propios medios. Tal vez mañana no pueda ya hacerlo. Pero el "mañana" de Alcoy cae fuera del objetivo de las presentes notas.

La estructura "capitalista" de la sociedad alcoyana tuvo como consecuencia la aparición de un proletariado que se desarrolla y actúa desde una perspectiva—digamos—de "normalidad" de clase. Acéptese esta afirmación, claro está, con las reservas debidas: la "normalidad" ha de medirse a tenor de lo que acontece en el resto de la Península. Las luchas sociales, en el país valenciano, tuvieron siempre un perfil borroso: la dominante rural lo determinaba, por lo que atañe a las comarcas; y en las grandes ciudades el radicalismo político sustituyó o entorpeció a la reivindicación clasista, en el grado que ésta podía darse. En Alcoy, en cambio, se formaba un proletariado auténtico—"industrial"—, y numéricamente representaba la mayoría de la población. Sin la rémora de una masa campesina más lenta, su decisión pudo alcanzar una desenvoltura firme y coherente. En la historia del obrerismo español, el nombre

de Alcoy ocupa un sitio destacado. Los episodios fundacionales de la Internacional bakuninista, en su versión celtibérica, contaron con la intensa participación de las representaciones alcoyanas, y Alcoy fué, durante algún tiempo, sede de su comité federal: "por derecho propio", comenta Friedrich Engels. En ningún otro punto del país valenciano se define con tanto rigor un conato de actitud revolucionaria como aquí. Era previsible, y merece ser subrayado.

El XIX fué un siglo particularmente agitado para Alcoy. Tenía que serlo: las tensiones locales se imbricaban en otras de mayor longitud de onda, y los incidentes que provocaron tienen un extraordinario valor de síntoma. Puede asegurarse que no hay crispación importante, política o social, de la vida hispánica, que no repercuta en Alcoy—si no se anticipa—con un énfasis singular. Si el proletariado va cobrando conciencia de clase y se lanza a la agitación subversiva, la burguesía tampoco se está quieta y participa a su modo en el vago combate periférico contra las oligarquías semifeudales que acaparan el Estado. Las colisiones son complejas y contradictorias, dramáticas más de una vez. No es de mi incumbencia reseñarlas en este papel. Volvamos a citar, sin embargo, la peripecia de 1821, que ha podido ser calificada como "primera huelga revolucionaria de España". Agreguemos una mención escueta de la "Gloriosa" de 1868, que expulsó a Isabel II del trono: Alcoy—en este caso, sus burgueses progresistas, con la alianza del pueblo—encarnó la vanguardia del levantamiento en tierras valencianas. Y se hace imprescindible evocar los hechos de 1873, "que parecían eco de los de la Commune de París, poco anterior", como advierte el bueno de don Elías Tormo. Lo del 73 fué sangriento y exasperado, e hizo correr mucha tinta por la Prensa europea. Otros acontecimientos posteriores, no menos furiosos, exigirían también referencia explícita. Pero basta con lo insinuado.

No se olvide que, pese a todo, Alcoy seguía siendo una ciudad "pequeña" y, además, "aislada". Las convulsiones sociales, la inquietud política y la actividad laboral no llegaron a extirpar un difuso "paternalismo" en la relación cotidiana de obreros y patronos. Su burguesía era de tamaño mediano, y raras veces se inclinó por el lujo cultural, y ni tan sólo por el meramente aparatoso. "Es frecuente ver, vestido de chaqueta, la gorra encasquetada y calzados los pies con alpargatas, algún fabricante millonario que pudiera pasear en coche, y pasa la vida en la fábrica, el almacén y el escritorio", observa don Teodoro Llorente a fines del Ochocientos. Y el proletariado se sabía demasiado circunscrito a su "municipio", sin adhesiones contiguas fuertes, para hacerse ilusiones acerca de su potencia. El Alcoy de comienzos del XX debió de tener un curioso carácter ambiguo, a medio camino entre la gracia pueblerina y la pretensión capitalicia. Hacia 1920 contaba con unos 33.000 habitantes: menos, sin duda, de los que eran de esperar. Sus hospedajes exhibían títulos amenos: "Grand Hotel del Comercio", "Petit Lhardy", "Continental". Y un quiosco de bebidas, en el centro de la plaza de la Constitución, se llamaba "Bar Modernista". El "Círculo Industrial" asociaba a los ciudadanos de fortuna correcta. Hasta existía un "Club Cinegético", un "Tiro de Pichón". Los partidos madrileños tenían abierta la correspondiente sucursal: "Círculo Conservador", "Círculo Reformista", "Círculo Liberal", "Círculo Socialista". Funcionaban dos teatros, y se celebraban fiestas sonadas...

Hay un libro, reciente, de Juan Gil-Albert, *Concierto en Mi menor*, que constituye un agudo testimonio de los años dorados de la burguesía alcoyana. Quizá para ser un testimonio "completo" habría sido necesario que Gil-Albert perteneciese a la "burguesía industrial" de la localidad: su familia se dedicaba al comercio de la ferretería, con un establecimiento amplio y rentable. Pero no importa. Se podrían reportar algunos pasajes del libro como datos expresivos. "A esta hora—mediodía—, mi madre, ya ataviada, solía sentarse al piano y se entretenía tocando las composiciones en boga, o bien Albéniz, interpretado con un exceso de verbo, o algún inesperado *valse* de Chopin." "Los comercios cerraban tarde. Y sólo si había teatro o, en las grandes ocasiones, cotillón, venía el peluquero a las ocho para afeitar a mi padre y dejarle puesta, mientras se vestía, la bigotera de color de barquillo. Mi madre se acicalaba también, destellándole los diamantes en las orejas..." "Yo iba al teatro los domingos por la tarde. Me llevaban las sirvientas y los dependientes al palco que mis padres tenían abonado durante todo el año en cada uno de los dos teatros de que disfrutaba la ciudad: el Calderón y el Circo. Mi familia acudía por la noche. Y un cuarto de hora antes de que salieran de

casa, un empleado se adelantaba provisto de dos rejuelas que contenían brasas encendidas, las cuales dejaban bien instaladas ante las dos sillas delanteras del palco para que mi madre y tía Marcela asistieran a la representación con sus dos pies subidos confortablemente sobre aquel dulce escabel hogareño..." Etcétera. Piano, bigoteras, cotillones, dependientes, rejuelas, diamantes, teatro... El aire del tiempo y de la clase se define en su apacible elementalidad.

Está por escribir la "novela" del Alcoy del tránsito de siglo: una especie de *Mariona Rebull* o de *El viudo Rius*, aunque fuese tan mediocre como estos relatos barceloneses de Ignacio Agustí. La sociedad "burguesa" del país valenciano sólo posee un retrato importante, bien que parcial: *Arroz y tartana*, de Blasco Ibáñez. *Arroz y tartana* es, probablemente, el mejor libro de don Vicente: el de mayor interés documental, en todo caso. *La barraca, Cañas y barro, Flor de Mayo* se deslizan hacia el cromo rural o marinero, más brillante, pero socio-lógicamente menos válido. Ni "Azorín", ni Gabriel Miró, los otros dos grandes "novelistas" valencianos contemporáneos, atendieron a las realidades "sociales" de su tierra. Ambos se demoraron en el paisaje o en la remembranza—Miró en lo primero, "Azorín" en lo segundo—; ambos, también, pasan de largo ante hechos y figuras de palpitante vigencia. Alcoy merecía un novelista con garra: alguien como Blasco. No tuvo hasta ahora esa suerte. Y es una lástima. Porque la imagen de la "sociedad" alcoyana que nos habría dado tendría un atractivo apasionante. A nuestros ojos—ojos de lectores colocados en la "posteridad"—, la silueta de Alcoy se haría más compacta y rotunda: conoceríamos mejor sus entresijos. Alcoy es un caso aparte. Un transeúnte cualquiera ya lo percibe, de entrada: Alcoy no tiene nada que ver con el mundo carpetovetónico, de hidalgos y cerealistas, de canónigos y subsecretarios; tiene muy poco que ver con el tópico del país valenciano constituido con verdes ubérrimos y labranzas resignadas. Es "otra cosa", ciertamente.

A decir verdad, Alcoy cuenta con su propio "tópico": el de lo catalán. "Esta tenacidad en el trabajo, y su aplicación a la industria fabril, sugiere la idea de que los alcoyanos son como una colonia de catalanes implantada en el riñón del Reino de Valencia", escribe Teodoro Llorente. "On sent régner partout cette sève venue du Nord, descendue le long de la façade méditerranéenne et qui, dans ce bastion montagneux, reprend une nouvelle vigueur...", corroboran Pierre Deffontaines y Marcel Durliat en *L'Espagne de l'Est*. "La vida alcoyana respondía a una tónica de trabajo poco frecuente en el país: a una tónica catalana", agrega Gil-Albert. Las citas podrían multiplicarse. En el fondo, cuando se habla del país valenciano, la emoción de Cataluña, declarada o vergonzante, es inevitable: la historia, el idioma, el talante, los intereses y las esperanzas colectivas son idénticos, coincidentes o filiales. Pero cuando se trata de Alcoy, la referencia tiene un plus de concreción: acusa, por encima y por debajo de lo otro, una afinidad de "estructura". Al relacionar Alcoy con Cataluña se piensa, ante todo, en una Cataluña determinada: la industrial. O sea salvando lo salvable, Alcoy es como Sabadell o Tarrasa. Puede que la simplificación sea de expeditiva. De todos modos, está lejos de ser arbitraria o trivial.

Y creo digno de subrayarse, de paso, el hecho de que ese "plus de catalanidad"—catalanidad accidental o supernumeraria—de Alcoy venga indefectiblemente reconocido por los demás valencianos con un dejo cierto de admiración. "Son nuestros catalanes", "es nuestra pequeña Barcelona", se dice a veces, de manera ingenua, y siempre poniendo en las palabras una pizca de orgullo. Es una forma de ponderar lo insólito del caso, y así se traslucen en los últimos textos de Llorente y de Gil-Albert que he reportado. Hoy día las cosas van cambiando. La economía "eminente agrícola" del país valenciano se resiente de su anacrónico, y hasta los productos más remuneradores—los cítricos—empiezan a padecer dificultades comerciales un tanto agobiantes, a nivel internacional. La convicción de que "hay que industrializarse" se extiende poco a poco, aunque no se traduzca—ni quizás pueda traducirse—en realizaciones demasiado eficientes. Debe esperarse que pronto se vaya mucho más allá, y que por fin la economía valenciana entre de lleno en una fase decididamente "moderna". Alcoy, entonces, no será ya una "excepción". Pero Alcoy tendrá en su haber la gloria del heroico pionero. Y más aún: la de haberlo sido desde presupuestos materiales poco halagüeños. A escala "regional", esto es importante.